

Aquí, está Nicaragua

-Dónde está tu Patria? Preguntó a un niño nicaragüense su profesor, no sé cual escuela de Los Angeles, donde el pequeño había aprendido ya a conocer la nostalgia íntima de los amaneceres, lejos del solar nativo; a escuchar un acento que no era el suyo y a ver hundirse el sol por las tardes, sabiendo que ese mismo sol, iba a pintar en colores nuevos los árboles de su tierra.

-Dónde está tu Patria?... Y el profesor le mostraba la esfera de cartón a la cual daba vueltas entre sus manos para que el muchacho señalara con el dedito, el sitio donde estaban sus mayores y al cual él recordaba a cada instante; en sus oraciones por la mañana y por la noche, en sus juegos escolares y en cada minuto transcurrido de su existencia

Se turbó el estudiante, se le anudó la garganta, se hizo para él imposible dar con el sitio desde donde lo miraba Nicaragua y nervioso hacía girar y girar aquel globo que a él se le imaginó inconmensurable... y nada..., nada.. no atinaba dónde estaba el triángulo equilátero desde donde asoman los dos inmensos ojos azules de sus lagos.

Se quedó extático, absorbió en la contemplación interior de su País: vió montañas inmensas elevadas hasta los cielos en oración pidiéndoles el agua; conos perfectos de volcanes cantados por hombres inmortales, unos zafiros rivales del firmamento.

Vió un destello de burla en los ojos azules del maestro y oyó la carcajada de los compañeros y le hirió más la palabra: -No sabe dónde queda su País!

Oyó la voz de su madre que se hacía dulce para hablarle del gran Darío, a su padre grave al referirle las historias de hombres inmortales que ofrecieron su vida para defender a la Patria. Oyó la campana que lo llamó siempre a cumplir sus deberes de creyente y en un desfile pasaron por sus ojitos emocionados, los compañeros de escuela, aquellos con quienes aprendió de la maestra buena a descifrar los primeros jeroglíficos sobre una cartilla. Y la Patria le hablaba quedito primero más alto luego y después le gritaba, lo apostrofaba quizás por no poder darles una contestación a aquellos que



Niños nicas

creían sorprenderlo, interrogándolo.

Ante la burla reaccionó y habló el patriota, el hombre capaz de los mayores sacrificios, de los más grandes heroísmos, se empinó, se hizo gigante, habló con voz del Momotombo, enjuagada en las linfas del San Juan y llevándose las manitos temblorosas a la caja que encerraba el corazón, se golpeó el pecho y les dijo: -Aquí, aquí está Nicaragua, no en esa esfera, sino aquí! Y rodaron dos lágrimas por sus mejillas coloreadas de emoción.

Se extranguló la risa y se hizo un silencio, un grave y respetuoso silencio.